

CARLOS SISÍ

No era el campeón de la vida... **era el rey de los muertos**

LOS CAMINANTES HADES NEBULA

minotauro

Hades Nebula

El término hades en la teología cristiana (y en el Nuevo Testamento escrito en griego) es paralelo al hebreo sheol (שְׁאוֹל, «tumba» o «pozo de suciedad»), y se refiere a la Morada de los Muertos. En cuanto a la palabra nebula, toma su etimología del latín, nebula («nube pequeña», «niebla»), similar al griego νεφέλη, «nube», y al alemán Nebel, «niebla».

Hades Nebula: la Niebla del Infierno.

Alhambra

Del árabe, al hamra, que significa «rojo».

LA ALHAMBRA

BASE ORESTES

Palacio de Partal

Torre de Comares

Patio de los Arrayanes

Palacio de Carlos V

Iglesia de Santa María

Convento de San Francisco

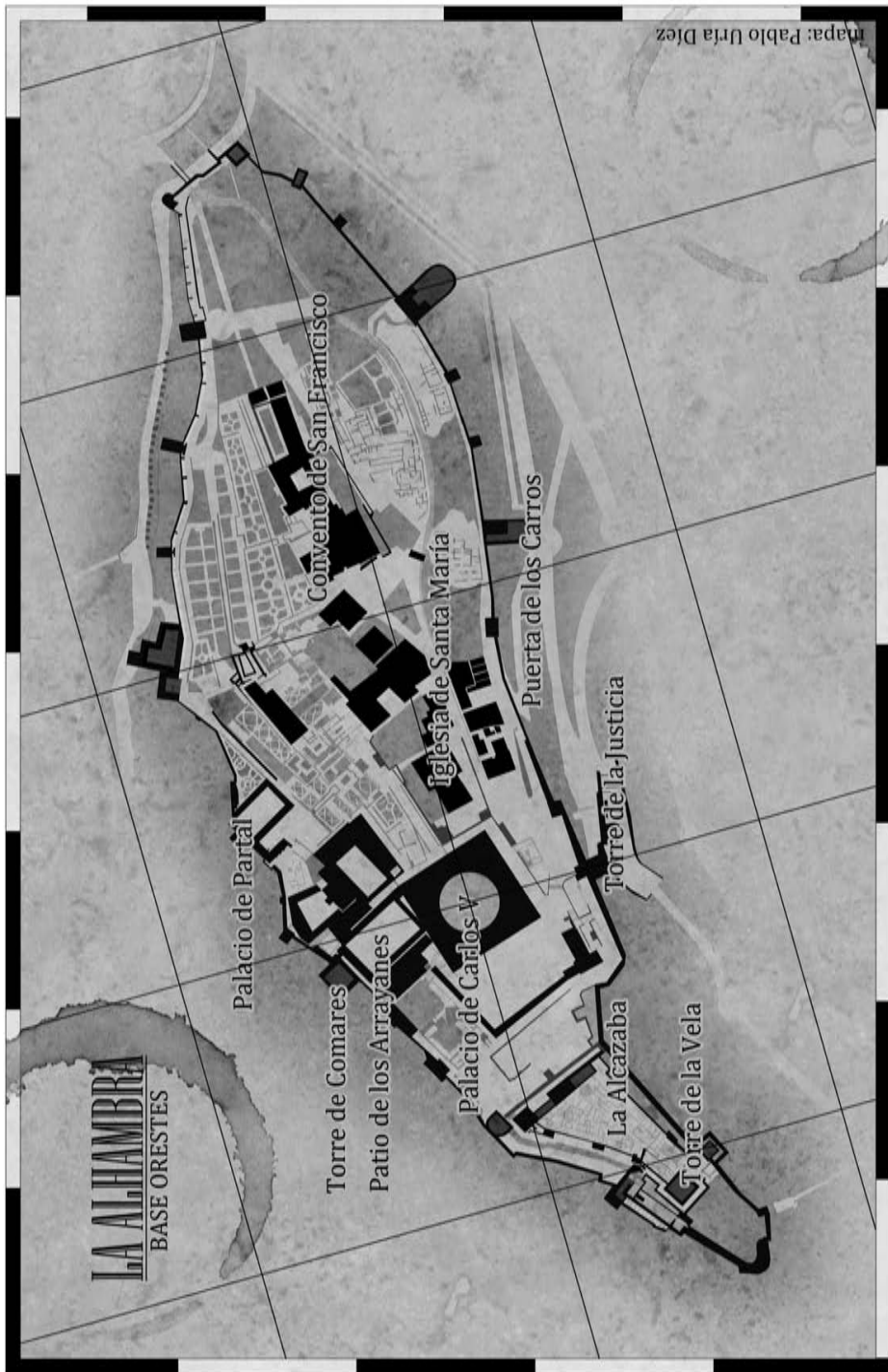
Puerta de los Carros

Torre de la Justicia

La Alcazaba

Torre de la Vela

Mapa: Pablo Uribe Díez



1. EL HOMBRE ABANDONADO

No estaba muy seguro de cómo había llegado a esa situación, pero el hombre se debatía entre la vida y la muerte. Estaba acostumbrado a esas lides, desde luego, pero esta vez había sido arrastrado hacia el fondo del mar por una miríada de manos que le agarraban por todas partes. Le cogían de la ropa, tiraban en todas direcciones, apretaban... y sus dedos huesudos eran como tenacillas, provocándole una dolorosa sensación de quemazón.

Intentar zafarse había sido inútil. Descubrió además que le era imposible saber si la superficie quedaba arriba o abajo, y sus pulmones reclamaban ya aire fresco con vehemencia. De tanto en cuando, la sombra opaca y terrible de alguno de aquellos rostros contrahechos aparecía en su campo de visión. La luz que llegaba desde la superficie era mortecina, y el agua turbia por añadidura, pero aun así suficiente para distinguir sus bocas terribles y sus manos trocadas en garras espeluznantes.

La sensación de ahogo, que se acentuaba por segundos, le hizo entrar en un estado de pánico histérico; se agitó con una violencia desmedida, moviendo brazos y piernas con toda la fuerza de que era capaz, y de alguna forma milagrosa, se sintió otra vez libre: le habían soltado. Aún podía percibir los volúmenes de las figuras que tenía alrededor, debatiéndose inútilmente y agarrándose unos a otros, pero en cuanto a él se trataba, sentía que nada le retenía por fin.

Todo su cuerpo clamaba con desesperación un poco de aire, pero ahora que había recuperado su libertad, la sensación de pánico había remitido. Comprendió entonces que si intentaba subir a la superficie, volverían a atraparle, y esta vez sin remedio; volverían a empujarle hacia el fondo, abrazándose a su cuerpo como repugnantes lapas, y sabía demasiado bien que a él apenas le quedaban unos pocos segundos. Intentó entonces alejarse, al menos un poco, moviendo brazos y piernas con sorprendente rapidez. Hacía dónde se dirigía, sin embargo, no lo sabía. Desconocía también si la barca de la que había sido arrebatado estaba en esa dirección, pero no había tiempo para nada más.

Después de lo que pareció una eternidad, vislumbró los reflejos del sol en el agua, y se dirigió hacia allí. Ya no importaba si había muertos a la deriva, te-

nía que subir, o acabaría flotando en aquellas aguas pútridas, con los ojos en blanco, para siempre. Sin quererlo, aspiró una bocanada de agua; su cuerpo empezaba a traicionarle. Creyó que se colapsaría. Se dobló por la mitad, y en la negrura brumosa que le rodeaba, pensó que era el final. Pensó también en sus amigos, en José, y en Susana, y cuando un flujo inesperado de imágenes de su infancia inundaron su cabeza como un torrente, irrumpió en la superficie.

Emergió como un ave fénix, con la boca abierta de par en par, hambriento de aire. Tosió violentamente, y expulsó el agua que había respirado. El pecho le ardía, pero la sensación de poder respirar de nuevo era embriagadora. Percibía los últimos rayos de sol, que anunciaban ya el ocaso inminente, a través de sus párpados cerrados, y el hombre se olvidó de los muertos por unos instantes, se embebió de vida y dio varias largas bocanadas antes de abrir los ojos.

Los recuerdos se habían desvanecido tan misteriosamente como habían venido; ahora, el concepto de su realidad regresaba con toda su terrible dureza. Estaba en el puerto, sí, pero al menos parecía que había nadado lo suficiente como para alejarse de los muertos.

Sin embargo, estaba físicamente agotado. A duras penas podía mantenerse a flote. La imagen que tenía delante era, además, terriblemente difusa, como si le costara enfocar bien. Al fin y al cabo, había sometido a su cerebro a una prolongada falta de oxígeno, y los bordes de su campo de visión estaban ensombrecidos, como si hubiera sufrido una lipotimia. Aun con eso, creyó ver a sus amigos alejándose con la barca. Intentó llamarles, pero le sobrevino un nuevo acceso de tos que casi puso en peligro su flotabilidad. La mandíbula inferior le temblaba, y de repente sintió deseos de estar a cien mil años luz de allí. Tener el cuerpo sumergido en aquel caldo espeluznante lleno de muertos vivientes flotando y debatiéndose con grandes aspavientos le producía asco y auténtico pavor a la vez.

Miró alrededor, buscando algo a lo que poder asirse. Era un hombre fuerte, y bastante grande además; tanto, que sus amigos le llamaban Dozer, como en «bulldozer». Pero se sentía débil, y si no encontraba algo pronto, temía lo peor.

No había forma de que pudiera reunirse con sus amigos; un centenar de cabezas y brazos le separaban de ellos, y la barca parecía estar cada vez más lejos. Confuso, pestañeó, y el agua acumulada en sus pestañas resbaló por sus mejillas, como lágrimas amargas. Se alejaban, sí, pero ¿adónde iban? De pronto, un destello de dura comprensión atizó su castigado cerebro. Se alejaban porque llevaba demasiado tiempo debajo del agua. Demasiado tiempo, y demasiado lejos. No le buscarían más allá de la línea de *zombis* que les acosaban desde el agua. Sin duda le daban por muerto.

Gritó como pudo, pero su agónico grito no se diferenciaba mucho de los roncos bramidos de los muertos, ni conseguía imponer su voz a la de éstos.

Se iban. Se iban.

De pronto fue consciente de que una vez el estímulo visual de la barca desapareciera de la escena, todos aquellos espectros repararían en él. No sabían nadar, carecían de la coordinación psicomotriz necesaria, así que no supondrían una amenaza. Se limitaban a mantenerse a flote como podían, agitando los brazos desesperadamente, chapoteando con gestos violentos. Como si fueran gente ahogándose, luchando por sobrevivir.

Asqueado, Dozer miró hacia atrás. El muelle quedaba todavía a unos buenos cien metros, pero allí, el número de espectros era aún mayor. Formaban una hilera terrible y compacta, y los que estaban cerca del borde caían al agua, empujados por los que venían detrás. Intentar escapar por allí era del todo imposible.

Giró sobre sí mismo, buscando en la línea del horizonte. A lo lejos divisó los restos medio sumergidos del barco discoteca *Santísima Trinidad*, una impresionante carabela que participó en la batalla de Trafalgar y se empleaba ahora para celebrar eventos y comidas de empresa. Estaba partido por la mitad, y reacio todavía a hundirse, la proa y la popa asomaban formando una última uve de victoria. Los mástiles, visiblemente curvados, apuntaban hacia el cielo como las retorcidas ramas de algún árbol seco.

Se daba cuenta de que tendría que nadar trescientos o cuatrocientos metros, pero en aquella parte no se divisaba ningún muerto viviente, de modo que aunque estaba exhausto, comenzó a mover los brazos. Parecían pesar una tonelada, y aún peor, comenzaba a acusar el frío ahora que el sol empezaba a declinar y el efecto de la adrenalina se retiraba, pero de alguna manera avanzaba.

Se concentró en esa tarea, sin pensar en nada más. Una brazada y después otra. El objetivo no era recorrer cuatrocientos metros, sino desplazar el brazo con la fuerza suficiente para propiciar el avance. En algún momento del trayecto se deshizo de la pequeña mochila que llevaba a la espalda, porque le dificultaba el movimiento de los brazos. Todo cosas útiles: una linterna, mapas de las alcantarillas, un botiquín, munición adicional, pero que debían irse al fondo. Así, quince minutos más tarde, un Dozer al límite de sus fuerzas se topaba con una cuerda gruesa y de aspecto vetusto que colgaba del muelle. Se agarró a ella con manos temblorosas y los labios amoratados; todos los poros de su cuerpo estaban erizados como respuesta al frío intenso. Pero lo había conseguido, y esa sensación de triunfo brilló con cierta intensidad en su interior, proporcionándole renovados ánimos.

No ascendió inmediatamente, dejó que los brazos descansaran. Tenía la sensación de que los hubieran hinchado con aire y fueran más gruesos de lo normal. La ropa mojada por el agua era lo peor. La noche se acercaba con rapidez, oscureciendo el cielo por el oeste; el viento, que creaba pequeñas olas encrespadas en la superficie del mar, era frío y húmedo.

Por fin, sirviéndose de la cuerda y las muchas oquedades y salientes de la pared de hormigón, Dozer se encaramó hasta el muelle. Este último esfuerzo le costó toda la energía que le quedaba, y cuando llegó arriba, se dejó caer en el suelo, inerte como un fardo. Tenía heridas en las manos y las piernas, y los ojos le escocían. Bajo el pecho, oprimido por su propio peso, latía un corazón acelerado, y su respiración agitada arrancaba volutas de polvo del suelo. En la distancia, el rumor constante y terrible de los muertos llegaba hasta sus oídos, pero necesitaba descansar un poco más.

Su mente, sin embargo, comenzaba a increparle de nuevo, conjurando oscuras imágenes de conceptos que conocía demasiado bien: la noche, los alaridos y el millar de muertos vivientes que los provocaban. No quedaba más tiempo. Si alguno de ellos lo localizaba, iría a por él con esa furia inexplicable que les caracterizaba, como sacudido por una necesidad imperiosa de desgarrar, de destruir, de acabar con toda vida. No sabía qué clase de instinto primitivo se activaba en sus cerebros cuando se convertían en *zombis*, pero era uno manifiestamente destructor; los muertos siempre buscaban la muerte.

Espoleado por esa corriente de pensamientos, Dozer comenzó a incorporarse. Visto desde la distancia, parecía un cervatillo que acabara de abandonar el vientre materno: agachado, tembloroso y torpe. Pronto estuvo otra vez en pie, escudriñando la zona que tenía alrededor, y aunque la ropa mojada era desagradable y pesada, se sentía efectivamente renacido.

Por aquel entonces, las obras de reforma del puerto ya habían comenzado, y ante él se extendía una explanada donde montones de arena y grava se acumulaban en confusa profusión. Una excavadora languidecía a poca distancia, con la pala levantada hacia arriba como si extendiera una ofrenda a algún dios ya olvidado. Más allá se extendía la ciudad, apagada y muerta, silenciosa y estéril. Dozer sabía que tendría que salir de la zona de los muelles para encontrar el alcantarillado; desde allí, se arrastraría por debajo de las calles infectadas de espectros (*caminantes*, como los llamaba Aranda) y trataría de volver a casa, a la Ciudad Deportiva de Carranque, donde él y cerca de una treintena de supervivientes se esforzaban por continuar con sus vidas pese a que el mundo se había ido al infierno. O más bien, pese a que el infierno había ido al mundo.

No intentaría, sin embargo, acercarse a sus calles de noche. Ya era bastante duro intentarlo a la luz del sol; sin ningún tipo de iluminación eléctrica, encaminarse hacia allí era poco menos que un suicidio. Los muertos acechaban en cada rincón, y la mayor parte del tiempo, era difícil saber si estaban siquiera. Se los podía ver apoyados en cualquier esquina, con los ojos en blanco y la mirada perdida en algún horizonte imaginario, o deambulando por todas partes con paso lento y errático, las bocas muertas abiertas y el cuerpo doblado como una S deforme. No, esperaría a la mañana. Aunque en enero amanece más tarde, tendría algo de visibilidad a su paso por las alcantarillas. Allí no había *zombis*, porque los accesos estaban generalmente cerrados y cuidaban de que así siguiera siendo. Si la luz era entonces suficiente, podría estar de vuelta antes de la hora del desayuno; y el día, le parecía, tenía la capacidad de teñir de vida las escenas más lúgubres.

Exhausto y empapado como estaba, decidió esconderse en algún sitio. Ya no quedaban barcos a la vista: cualquier cosa que hubiera podido flotar fue utilizada el día en el que los muertos empezaron a ser más numerosos que los vivos. Sin embargo, el *Santísima Trinidad* se encontraba a su alcance, ominoso y oscuro. Desvencijado y vencido por las inclemencias del tiempo, se asemejaba más a un barco fantasma que ha vuelto a emerger de las profundidades del océano.

Uno de los mástiles principales, ahora partido, caía sobre el muelle, convertido en una amalgama de cuerdas y restos de estructuras de madera. Era grueso y circundado por anillos de metal que facilitaban su escalada, así que en pocos segundos estuvo sobre la cubierta. Estaba inclinada unos cincuenta grados, y por el estado de las cosas, parecía que allí se había librado una suerte de batalla. En el cielo, la luna llena preñaba de tonos azulados los cañones ornamentales, desparramados por todas partes. Las pasarelas estaban quebradas, y por doquier, las cuerdas se entrelazaban tejiendo una especie de telas de araña. Pero la oscuridad era un factor de peligro, y Dozer decidió no internarse en el barco. Podía imaginar a los muertos, aletargados en sus salones y pasillos, esperando cualquier estímulo que los pusiera de nuevo en marcha, así que se deslizó bajo una de las escaleras de madera y se acurrucó.

Tenía frío y estaba hambriento, le dolían las manos (que puso bajo las axilas para que entraran en calor) y en su mente, la posibilidad de no volver a ver la luz del día resonaba como la bocina de una estridente alarma. Pero a pesar de todo, se quedó dormido casi al instante, con las rodillas pegadas al pecho, en una posición casi fetal.

Y mientras, alrededor, los muertos aullaban.

2. LA CIUDAD MUERTA

Isabel miraba a través de la enorme puerta del helicóptero. Al principio le había dado miedo, porque era diáfana y sin hojas, y no pudo evitar agarrarse del brazo a Moses, sentado a su lado. La ascensión, además, había sido abrupta, y una sensación de desmayo subió desde su estómago a la cabeza. Luego, el helicóptero viró con brusquedad y se inclinaron peligrosamente, y ella tuvo que agarrarse con ambas manos a los cinturones de seguridad que la mantenían bien sujeta al asiento.

José había dejado su mochila a sus pies, y cuando el enorme aparato describió el giro, ésta se precipitó al exterior, perdiéndose para siempre.

—¡Mi mochila! —exclamó José; había intentado apresarla extendiendo la pierna, pero fue inútil.

Uno de los soldados le miró con gesto de interrogación.

—No pasa nada... —dijo al fin—, sólo eran mis cosas.

—Lo siento, compañero —exclamó Susana.

José la miró.

Con el tiempo, Susana se había convertido en uno de los pilares del Escuadrón, compuesto por ellos y dos amigos que habían caído: Dozer y Uriquen. Habían sobrevivido a tantas peripecias que, juntos, se creían imbatibles: la limpieza del perímetro del campamento, la aventura del helicóptero, la invasión *zombi* propiciada por el padre Isidro, y varias decenas más. Sin embargo, en las últimas horas su número se había visto reducido a la mitad, y Susana parecía ahora tan cansada... demacrada, con la ropa llena de manchas oscuras y con el cabello desaliñado, que más bien parecía una triste y vencida sombra de sí misma: las ojeras remarcaban el borde inferior de sus párpados y su tez tenía el color de la cera vieja. El hecho de que no hubieran dormido mucho la última noche no ayudaba, pero José sabía que eso no tenía mucho que ver. Era el dolor lo que la estaba consumiendo. José se acordó del diario del capitán Díez que tanto había interesado a Dozer, y que él mismo había guardado en su mochila con manifiesto interés. Ahora, el diario se precipitaba al vacío, perdido para siempre. Perdido, como su amigo.

Sintió una extraña sensación de ahogo en el pecho, y desvió la mirada. Susana comprendió, sumida en su propio pozo de tristeza, y bajó la cabeza.

Isabel vio caer la mochila. Describió varios giros en el aire y terminó liberando su contenido, que se desparramó en una cascada de pequeños objetos. Cayeron en mitad de las pistas de la Ciudad Deportiva de Carranque que habían llamado hogar en los últimos meses, y allí dejó de verlas. Entonces se fijó en el espectáculo desolador que tenía ante sí. Desde aquella altura, la ciudad parecía una maqueta cuidadosamente levantada. Sus calles estaban llenas de figuras espectrales que se repartían por todas las esquinas, pero estáticas, como diminutas figuritas en poses surrealistas y tenebrosas. Había coches por todas partes, algunos colisionados con otros y varios empotrados en el escaparate de alguna tienda, o volcados contra la acera. La vista de Carranque no era mejor: el viejo edificio, ahora derruido y trocado en una ruina humeante, despuntaba con una de sus fachadas levantándose contra todo pronóstico hacia ellos, como un dedo acusador. Allí estaban sepultados los cadáveres de muchos de sus compañeros, que no llegaron a tiempo de ver aparecer los helicópteros. No lo consiguieron. Se llevó una mano a la boca y las lágrimas resbalaron, ardientes, por sus mejillas.

Moses percibió su gesto, y le apretó fuertemente la mano.

—Ya está —exclamó suavemente—. Lo hemos conseguido.

Pero Isabel no estaba tan segura de que hubieran conseguido gran cosa. Abajo, la ciudad denunciaba su fracaso con sus calles infectadas de muertos andantes. Una vez tuvieron sueños y esperanzas de futuro. En ellos, reconquistaban la ciudad poco a poco, edificio a edificio, extendiendo el perímetro del campamento; sólo Dios sabía con cuánta perseverancia lo había intentado el Escuadrón, exponiendo sus vidas día tras día, pero lo que quiera que hubiese provocado aquella pandemia de proporciones globales, había vencido. Ahora, los que probablemente eran los últimos supervivientes de la ciudad, se marchaban, reducidos en número y derrotados, y con innumerables heridas que curar; heridas en el alma y en el corazón. En secreto, con los ojos anegados en lágrimas, Isabel se prometió a sí misma que volvería.

Mientras tanto, José se fijaba en los soldados que los custodiaban. Eran cuatro, e iban equipados con máscaras con filtros de aire. No había forma de identificarlos individualmente: parecían tener todos la misma complexión y envergadura, como si fueran clones. El plástico que les cubría los ojos, de un tono ligeramente anaranjado, no ayudaba a hacerlos más humanos o más próximos, y desde luego, tampoco ayudaban las armas que portaban.

José se quedó mirando al que tenía enfrente. Éste parecía devolverle la mirada fijamente, pero era difícil decirlo porque la luz arrancaba pequeños destellos en la visera de la máscara. José intentó esbozar una sonrisa,

pero el soldado permaneció inmutable. Si bien eso le pareció un tanto extraño, se decidió a intentar una conversación.

—¡Gracias por sacarnos de allí! —exclamó. Tuvo que levantar la voz para hacerse oír por encima del ruido de las hélices. Sin embargo, el soldado no contestó.

—Amigo... ¿por qué llevan máscaras? —preguntó después de un rato, gesticulando para hacerse entender.

El soldado inclinó ligeramente la cabeza y pareció mirar de soslayo a otro de los hombres, sentado un par de asientos más allá. José siguió su línea de visión, a tiempo para percibir una señal casi imperceptible de asentimiento. Por fin, el soldado retiró la máscara liberando los cierres de seguridad.

Tenía ante él a un hombre joven, con el rostro abotargado. En sus mejillas había pequeñas manchas rojas, como las que produce el frío intenso, y sus ojos eran profundos y grises.

—Forma parte del equipo estándar, señor —dijo al fin, mirando la máscara como si, de repente, no reconociera lo que tenía entre las manos.

—Entiendo —dijo José. Mientras lo decía, el resto de los soldados desnudaron también sus rostros— Me llamo José.

—Soldado Bronte, señor.

—¿Bronte? Qué nombre tan curioso...

—Es griego, señor —contestó el soldado—. Significa «trueno».

—Muy apropiado para un soldado —opinó José.

El soldado asintió, visiblemente complacido.

—Gracias por sacarnos de ahí abajo —continuó diciendo José—. Creo que estábamos en las últimas.

—Ha sido un placer, señor. Ya no hacemos muchas incursiones de este tipo...

—¿No? —preguntó José, extrañado—. ¿Por qué no?

—Nuestra prioridad ahora es defender la base y proporcionar seguridad a los supervivientes a nuestro cargo, señor.

—Perdona, creo que no soy mucho más viejo que tú... ¿puedes dejar de llamarme «señor»? Me hace sentir raro.

El soldado pestañeó.

—Claro... —exclamó, después de un momento.

—¿Adónde vamos, exactamente? —quiso saber Susana, entrando de pronto en la conversación.

—A la base que hemos acondicionado en la Alhambra de Granada. El nivel de seguridad es alto, estarán perfectamente.

—¿No han podido recuperar la ciudad, o parte de ella?

–Negativo –contestó el soldado, ahora un poco dubitativo–. Hay... diversos factores que complican los operativos enormemente.

–¿Como cuáles?

–Creo... –dijo otro de los soldados de improviso, alzando la voz para asegurarse de que todos le oían– que no estamos autorizados para hablar de ciertas cosas. Traten de entenderlo. Al llegar a la base, el teniente responderá a sus preguntas.

–Entiendo –musitó Susana, pero José la conocía bien e interpretó su gesto a la perfección. Aquella ceja ligeramente levantada parecía decir «militares...» con cierto énfasis despectivo.

Susana suponía que las cosas cambiarían bastante a partir de ahora. El aparato militar y sus protocolos de seguridad serían una cortapisa a la libertad a la que estaban acostumbrados. Antes, ellos eran el máximo exponente de autoridad que podía concebirse. Aranda sugería y planificaba, pero nadie les decía cómo hacer las cosas que hacían. Si no se equivocaba mucho, suponía que en cuanto bajaran del helicóptero algún oficial les pediría que entregaran sus armas, y ellos acabarían en algún asentamiento civil, vigilados por soldados armados como si ellos fueran parte del problema; una especie de ganado infectado que escondía el terrible potencial de convertirse en el Enemigo en cualquier momento.

Sacudió la cabeza, intentando desprenderse de augurios tan derrotistas. No quería tenerlos, no quería escucharlos, pero aun así, sobrevolaban su cadena de pensamientos conscientes con la omnipresencia de un dios.

Y estaban aquellos niños, los que había traído Isabel consigo de quién sabía dónde. Ella era preciosa, un pequeño ángel de cara dulce y ojos inteligentes, y él era un muchacho que apenas estaba dando sus primeros pasos por la sinuosa carretera de la adolescencia. Ella no tendría más de ocho, quizá nueve años, y sus mejillas tiznadas de suciedad consiguieron conmovérle. En ese momento, su mirada se cruzó con la de la pequeña y algo en su interior terminó de desmoronarse. ¿Qué tipo de futuro le esperaba, en un mundo donde los muertos vivientes proferían lastimeros alaridos en mitad de la noche, donde las viejas superestructuras de la civilización habían quedado inutilizadas?, y lo que era peor, ¿cómo es que aquélla era la primera niña que veía desde que empezó todo?

Incapaz de resistir sus ojos sinceros por más tiempo, Susana se refugió en sus manos, inertes y algo temblorosas, y su mente cedió, retrocediendo al fin a tiempos remotos, inundándola de recuerdos que creía olvidados.

La pequeña se llamaba Alba, y era especial. No sólo porque era hermosa, sino porque tenía un don inexplicable. Sentada allí entre tantos adultos desconocidos, había esperado sentirse a salvo, pero por alguna razón que no acababa de esclarecer, se sentía aún peor que cuando ella y su hermano habían deambulado solos por los montes cercanos a la ciudad durante días. Los soldados no le gustaban. No le gustaban sus armas ni sus rasgos duros, ni sus expresiones fatigadas y un tanto reservadas. No lo percibía como lo haría un adulto; no había vivido tanto como para saber leer el rostro de un hombre, pero lo *sentía*, como podía sentir muchas otras cosas. Sabía que esa percepción extraordinaria de las cosas que son y de las que están por venir la había mantenido a salvo durante todo ese tiempo, y por eso precisamente estaba inquieta. Sus particulares visiones de las cosas que aún no se habían producido siempre se convertían en realidad, sin excepciones, en ningún caso. Tan claro como que el sol sale por el este y se oculta por el oeste era el hecho inequívoco de que las cosas que *veía* acabarían produciéndose, y así había sido desde que podía recordar. Cuando era muy pequeña, a veces tenía dificultades para desligar las cosas que habían pasado de las que no. A veces preguntaba a su madre dónde estaba la muñeca rosa con trenzas, que quería volver a jugar con ella, y la madre sonreía con una ligera capa de sudor frío en la frente, pensando en el regalo de cumpleaños que todavía tenía reservado en el armario: una preciosa muñeca con un vestido de color rosa y trenzas del mismo color. Para Alba, la visión del futuro cierto se mezclaba confusamente con sus recuerdos. Para Alba, las escenas de juego con la muñeca ya habían pasado.

Cuando se hizo un poco más mayor, aprendió a separar los bancos de imágenes de *cosas que serán* y cosas que *ya fueron*, y fue gracias a la tarta de coco. Su tía las preparaba continuamente porque a su padre le encantaban. Ella tenía otra opinión. La primera vez que la probó, el olor, el sabor y la textura granulosa de la tarta le provocó un rechazo inmediato. El olor la impregnó completamente; se refugió en la mucosa nasal y se quedó grabado en la pituitaria hasta muchas horas después. La misma textura, en la boca, se le antojaba igual a lamer un lodazal arenoso. Cada vez que su tía destapaba una de sus tartas en la mesa de la cocina, el olor y la sensación desagradable volvían inmediatamente, y la pequeña Alba se llevaba las manos a la cabeza, asqueada hasta tal punto que sentía una ligera opresión en la sien.

Era la misma sensación que tenía cuando las *visiones* empezaban a abrirse paso hacia su mente consciente. Llegaban como telarañas, sinuosas y desvaídas, y a medida que acentuaban su intensidad, el olor, el sabor y la textura de la tarta de coco regresaban. No tenía muchas sensaciones que

usar para explicarse, era demasiado pequeña, así que cuando Alba se quedaba mirando un horizonte invisible y decía: «Mamá... tengo el cerebro como tarta de coco», su madre agarraba con fuerza su eterno delantal de trabajo en la cocina y confiaba en que no fuera nada malo. *Por lo menos, gracias Señor por los pequeños favores, que no sea nada malo.*

Ahora, a través de esos ojos tocados por el don de la clarividencia más fehaciente, el helicóptero entero parecía pintado de un color rojo intenso. Por todas partes había señales de PELIGRO garabateadas, luminosas como fantasmales tubos de neón. Y además había otra cosa. Algo que la mantenía estirada sobre su asiento como una aguja de pino.

Llevaba cinco minutos oliendo a tarta de coco.

3. VIAJE EN LA OSCURIDAD

El amanecer llegó, tímido y lento, y Dozer abrió los ojos para encontrarse encogido sobre sí mismo en un suelo de madera. La gravedad le había empujado contra los peldaños de la escalera y se encontró con que los tenía incrustados en la espalda. Se movió para desentumecerse, y eso despertó un dolor punzante en el costado. A su alrededor, el barco gemía ocasionalmente con los característicos crujidos de las cuerdas y la madera, y en algún lugar indeterminado, unas gaviotas peleaban con graznidos discordantes.

Descubrió con cierto pesar que la ropa no se había secado del todo, y la garganta le dolía al tragar, como si se hubiera hinchado. *Un gripazo*, pensó con cierta indiferencia; tenía problemas más importantes que atender. Un rápido vistazo alrededor le permitió comprobar que no había ningún *caminante* en cubierta, aunque el aspecto de ésta era mucho más desolador de lo que había intuido por la noche. Pasó la mano por las tablas que conformaban la pared y acarició unas pequeñas hendiduras con las yemas de los dedos. Sabía muy bien qué las había causado: eran disparos de bala, y se veían por todas partes, destrozando la madera aquí y allí. Las mesas y sillas que habían conformado una terraza agradable se encontraban ahora apiladas en una esquina, trabadas por una de las barandillas que impedía que cayeran al agua. Suponía que toda la ciudad estaba llena de escenarios capaces de contar historias por sí solos, escenarios terribles de supervivencia, y aquél debió de haber sido uno de ellos.

Sabía que en aquel barco había al menos un restaurante, y por lo tanto, en alguna parte debía haber una despensa con alimentos no perecederos. Hacía veinticuatro horas que no probaba bocado y vaya si habría podido servirse de alguna de las cosas que podían encontrarse con facilidad: latas de fruta en almíbar, jamón cocido, o incluso una de esas bolsas de patatas cuya fecha de caducidad parecía diseñada para superar a la de la humanidad. Sin embargo, tampoco ahora iba a aventurarse por sus bodegas interiores. No solo, y no desarmado.

Descendió del barco sirviéndose del mismo mástil caído. La superficie del muelle seguía despejada, y la entrada del puerto, si bien todavía abarrotada de espectros, no estaba ya tan masificada. *Típico*, pensó Dozer. Solían

moverse en oleadas, atendiendo quién sabe qué suerte de instinto gregario. Por la mañana podían estar dando golpes contra la puerta de un comercio y por la noche dos calles más abajo, más interesados en una pared lisa, como recién encalada.

El agua todavía era un espectáculo pavoroso. Dozer se llevó la mano al rostro para poder ver mejor en la distancia, y su cara se contrajo en una mueca de horror. Allí continuaban agitando todos los *caminantes* que habían caído al mar, chapoteando absurdamente con furiosa determinación. Casi podía oír sus gritos desde allí. ¿Cuánto tiempo continuarían intentando no hundirse? Lo que quiera que fuese que los mantuviera en movimiento, ¿sería capaz de darles cuerda como para seguir luchando por toda la eternidad?, ¿perderían el estímulo y se irían lentamente a pique? Se estremeció, sacudido por un escalofrío, al imaginar el fondo marino lleno de aquellas cosas, meciéndose suavemente al son de las corrientes, con los ojos blancos vueltos hacia la luz que se filtraba desde la superficie.

Después de un rato, se decidió a acercarse al muro que separaba el puerto de una avenida arbolada. Al otro lado de aquella carretera se encontraba el Parque de Málaga, una confusa maraña de senderos y pequeñas parcelas llenas de bulliciosa vegetación. Lo que en otro tiempo resultaba una visión pacífica y agradable, era ahora una promesa de muerte: sus mil rincones sumidos en penumbra podían ser el cubil perfecto de atroces emboscadas. En silencio, agradeció que su plan para volver a casa no pasase por allí. No atravesaría la ciudad, algo de todas formas completamente imposible, pues sus calles eran un hervidero de *zombis* y vehículos abandonados atascando las calles. Eso provocaba que cualquier desplazamiento resultase una epopeya de proporciones bíblicas, un viaje a través del infierno que sólo podía acabar en tragedia.

Mientras se acercaba con paso deliberadamente lento hacia el muro exterior, reflexionó sobre cómo habían resuelto el problema de transitar de un lado a otro. No recordaba quién tuvo la idea, o cuándo empezaron a hacerlo, pero se servían de la enmarañada red de túneles subterráneos que constituían las alcantarillas para moverse de forma segura. Eran más que una compleja suerte de galerías que recorrían el subsuelo de la ciudad, eran un pasaporte prácticamente seguro porque los *zombis* habían demostrado tener una coordinación psicomotriz más que pobre. Eran simplemente incapaces de ascender o bajar por una escalera de mano, y mucho menos por los mínimos enganches metálicos que tan a menudo encontraban en los colectores de la ciudad. Allí abajo la luz era insuficiente y olía a cien mil demonios, pero no había podredumbre en el mundo que justificase no usar esa afortunada vía alternativa.

Cuando Dozer llegó hasta el muro que protegía el recinto del puerto, sin embargo, se encontró con una escena que, aunque no inesperada del todo, le hizo esbozar una mueca. Las figuras errantes y taciturnas de los *caminantes* llenaban la calle; vagaban, con ese aire ausente y ensimismado, hacia un lado y hacia otro. El que estaba más próximo tenía una suerte de pelo ralo y enmarañado que crecía en una piel negruzca y cuarteada. Dozer supuso que, en algún momento de su periplo como muerto viviente, su cabello debió arder como una tea. El que estaba al lado tenía los brazos retraídos sobre el cuerpo, donde abrazaba con furiosa resolución un objeto indetectable.

¿Un osito?, ¿un trapo?, ¿otra cosa?

Dozer chasqueó la lengua. De haber tenido su fusil, la escena no le hubiera preocupado en demasía, pero si no se movía con la suficiente rapidez, aquellas cosas muertas repararían en él y se reactivarían, como si una mano invisible hubiera agitado una bandera en señal de luz verde. Lo había visto tantas veces... saldrían de su ensimismamiento para concentrar en él sus miradas furiosas, y se pondrían en marcha con el ímpetu ciego de un toro de lidia.

Llegado a ese punto, flexionó las rodillas para mantenerse tan oculto como fuera posible. No quería que alguno de ellos le descubriera mientras localizaba su objetivo: una tapa viable. Mientras lo hacía, inconscientemente, su mente escoró hacia los primeros días de la pandemia, cuando discutían sobre la viabilidad de los túneles colectores, y con dolor todavía palpitante, Dozer recordó las palabras de su amigo Uriguen:

–Las tapas de alcantarilla –decía– son algo que pasa desapercibido en el quehacer diario de cualquier persona de a pie, pero en un mundo sumido en el terror de los muertos vivientes, adquieren una nueva dimensión.

–¿La dimensión desconocida? –bromeaba Susana.

–Escuchad, pimpollos, que os va la vida en ello –insistía Uriguen–. En primer lugar, desechad las tapas cuadradas. No queremos tapas cuadradas, porque suelen conducir a agujeros de unos veinte centímetros con conexiones eléctricas o de otro tipo. Las practicables son las redondas.

–¿Y eso atiende a alguna razón? –quería saber Susana.

–Naturalmente –resolvía Uriguen, con aire de suficiencia–. El motivo de su forma atiende a una sencilla cuestión geométrica; si fuesen cuadradas, al ser la diagonal más larga que el lado, la tapa podría colarse por el agujero y ésta caería dentro. Al ser circulares, es imposible que la tapa se caiga por el agujero. Por eso, las que son practicables, son siempre redondas.

–¡Vaya! –exclamaba José, asintiendo pensativamente.

—Y otra cosa —decía Uriguen en el recuerdo brumoso de su pensamiento inconsciente—: las tapas que van montadas sobre el asfalto suelen ser más pesadas y resistentes que las de las aceras, por lo que en un momento de aprieto, pasad de ellas. Están hechas así para soportar el peso de los vehículos.

Y por último, con el recuerdo desvaneciéndose de su cadena de pensamientos como un jirón de niebla que se deshace, Susana reía de buena gana diciendo:

—Desde luego, ¡la Pandemia Zombi te lleva a unos grados de especialización insospechados!

Sacudiendo la cabeza, Dozer volvió lentamente a la escena. Estudió la reja. Tenía algunos nudos metálicos que hacían las veces de embellecedores, pero de los que se serviría para trepar con cierta rapidez. La rapidez era la clave. Tenía que llegar a lo más alto, pasar con cuidado por encima de los penachos acabados en punta y saltar hasta el suelo. Todo en cuestión de segundos. Si se descuidaba e invertía demasiado tiempo en hacer todo eso, los *zombis* se abalanzarían sobre él y lo tendrían agarrado antes de que llegara siquiera a la tapa.

Y uno no se escapa de los *zombis* cuando te agarran.

Retirar la tapa de alcantarilla era otra cosa. Siempre llevaban consigo un gancho o una varilla acabada en una T metálica, pero la mochila, como el resto de las cosas útiles, estaba en el fondo del puerto, probablemente a los pies de alguno de aquellos *zombis* con los pulmones y el estómago llenos de agua. Por lo tanto debía añadir al menos treinta segundos adicionales para forcejear con la dichosa alcantarilla. En treinta segundos, un muerto puede hacerte girar la cabeza más allá de lo humanamente posible. En treinta segundos, uno podía irse por el jodido agujero del olvido eterno.

Por un segundo, pensó en utilizar alguna treta sacada de alguna vieja *peli* de espías: algo como arrojar un objeto metálico y pesado a la otra punta de la calle. Pero estaba seguro de que eso no funcionaría con los *caminantes*. No perseguirían la fuente del sonido, simplemente se enervarían y empezarían a buscar alrededor, agitando sus cabezas con gestos espasmódicos. Y entonces no llegaría nunca al otro lado: los tendría allí mismo, introduciendo sus brazos descarnados a través de la reja, con las manos anhelantes y sedientas de carne.

Respiró profundamente; una, dos y hasta tres veces, antes de ponerse en marcha. Dozer era un hombre corpulento, y los músculos de sus brazos eran abultados y redondos como bolas de billar, por lo que verlo saltar y encaramarse a la reja con aquella rapidez resultaba un espectáculo, cuanto menos, chocante. En apenas un instante, su gran corpachón volaba literal-

mente por encima de la reja y caía sobre el suelo, con las piernas flexionadas, y aprovechaba esa posición para impulsarse y lanzarse hacia delante, a la carrera. Incluso en esos momentos de febril actividad mental, dedicó unos pensamientos a sus compañeros. Hacía demasiado tiempo que funcionaban como un equipo, que no salían solos. Era una regla de oro no escrita; y se le hacía raro que Susana no estuviera detrás, cubriendo sus movimientos a golpe de gatillo.

Dozer recorrió la distancia que le separaba de la apertura en un tiempo récord, batiendo sus robustas piernas con toda la potencia de que era capaz. Cruzó como una estela al lado de dos *zombis* que se pusieron rígidos como si un viento helado les hubiera cogido de improviso, y los dejó atrás, girando sobre sí mismos con las bocas abiertas. Al lado de la tapa había un muerto que caminaba con las piernas entreabiertas, ligeramente combadas hacia dentro. Parecía mirarle con una expresión de sorpresa, como si en su cerebro una pequeña válvula de alerta estuviera empezando a calentarse y a iluminar, todavía tibia. Dozer llegó hasta él y embistió como un tren de carga, lanzándolo contra el muro bajo que delimitaba el parque. El golpe fue contundente. Allí quedó como Dozer quería: quebrado y confundido, con los brazos bajo el cuerpo doblado y la cabeza ladeada hacia arriba, donde las ramas de los árboles se mecían ajenas a todo.

No quiso darse tiempo para examinar el entorno. No necesitaba saber si iban a por él o no; sólo quería poner toda su atención en abrir la tapa, porque de lo contrario, caería en la trampa de quedarse paralizado por la tensión del momento. Tenía experiencia, sí, pero la visión de una horda de muertos acercándose a paso precipitado siempre era algo capaz de congelarte la sangre en las venas.

La tapa, por el amor de Dios, la tapa...

Era vieja y las inscripciones, si una vez las hubo, estaban prácticamente desgastadas. Los bordes eran irregulares y se confundían con el pavimento, como si el tiempo hubiera vuelto el contorno difuso y abstracto. Pero, no obstante, alargó la mano hacia las diminutas aberturas y deslizó los dedos por ellas.

El primer tirón le provocó una sensación de alarma que se transformó en una oleada de pánico que recorrió todo su cuerpo. No se movió lo más mínimo, como si se tratase en efecto de una sola pieza. A su alrededor, los muertos habían empezado a aullar, y a media distancia, otros se unían ya al bramido áspero de los primeros. Sabía que tenía apenas unos pocos segundos antes de que sintiera la garra apremiante de la muerte hincándose en su espalda, pero la tapa no cedía.

Los músculos de sus brazos emergieron de entre la carne y se tensaron, y en su cuello afloraron una decena de tendones. Apretó los dientes y cerró los ojos, concentrándose en ejercer un poco más de fuerza cada vez. Intentaba no escuchar, no sentir temor, y las yemas de sus dedos, hundidos en las aberturas de la tapa, se volvieron blancas. Por fin, cuando creía sentir ya el aliento cálido e infame de los muertos a su espalda, la tapa cedió con un sonido ronco y pétreo, que incluso en la premura del momento le recordó a las sólidas puertas de los nichos.

El sol se filtraba a través de las copas de los árboles y tejía su cuerpo de luces y de sombras, y cuando Dozer levantó la tapa hasta la parte superior de su torso y la hizo girar para imprimirle impulso, un destello luminoso en el borde fruncido de la tapa confirió a su imagen el recuerdo de un Hércules furibundo. Una acción en verdad colosal, porque la tapa, de hierro dúctil, alcanzaba los cincuenta kilos. Los *caminantes* a la carrera cayeron derribados a uno y otro lado, como las huestes de un ejército desmañado y caótico. Por fin, dejó caer la cubierta al suelo y fijó la vista al frente. Apretó los dientes; ante sí tenía la visión espantosa de un tropel de muertos vivientes acercándose peligrosamente.

Por un instante que pareció infinito, Dozer se sintió transportado. Por sus venas corría un torrente de rabia renovada. No se quedó petrificado, como había temido. Algo interno había reventado de una vez por todas, quizá para siempre, y todo el estrés y el vacío espantoso que había estado padeciendo se liberaron como la explosión de una supernova en la profundidad del espacio. Allí delante estaban esas... *cosas*. Esas atrocidades nauseabundas que lo habían cambiado todo, que habían acabado con Uriguen, y con su hermano. Habían asesinado a todos los amigos y compañeros que había tenido, a la hermosa Vanesa, al hombre que le traía tabaco de Gibraltar a bajo precio. A todo el mundo. Los... *odiaba*. Si alguna vez había sentido pena por ellos, porque una vez fueron Vanesa y el hombre que traficaba con tabaco, ahora sentía un odio real y casi palpable, intenso y despiadado.

Enseñó los dientes como un animal embravecido y, cegado por una bruma blanca de rabia, se abalanzó hacia ellos. La mandíbula le temblaba de forma descontrolada y las uñas se le clavaban en las palmas de los puños cerrados.

Embistió contra los muertos como un ejército de un solo hombre. Su puño voló con la rapidez de un relámpago e impactó en la mandíbula del primero de los monstruos. El sonido del crujir de huesos rasgó el aire con insolencia, grosero y estremecedor, pero Dozer no se detuvo ahí. Sus brazos bombeaban golpes con la cadencia de una perforadora hidráulica, y los espectros caían ante su devastadora potencia. Sus cuerpos se doblaban en

ángulos inverosímiles, desmañados, torpes como fardos sin vida, y cuando caían lo hacían sin los instintos naturales de protección que el ser humano desarrolla: caían de bruces, pero nunca ponían las manos para protegerse; se trababan con sus propias piernas y perdían el equilibrio.

Mientras descargaba sus violentos envites, uno de los muertos estiró los brazos y consiguió arañarle el rostro; sus dedos se abrían y cerraban como las pinzas de un cangrejo, en sincronía con su mandíbula. Sorprendido por la ferocidad animal de su enemigo, sintió que tomaba conciencia de la situación. Pestañeó un instante y echó el cuerpo hacia atrás, intentando esquivar los dedos largos y huesudos, y de pronto cayó en la cuenta: había avanzado demasiado. Los espectros que había derribado ya luchaban por incorporarse, y detrás de éstos, una segunda fila ganaba terreno a cada segundo. Los ojos blancos de todos ellos le buscaban.

Dozer trastabilló, súbitamente sobrecogido. La furia repentina que había experimentado estaba desapareciendo, como jirones de una débil niebla arrastrada por el viento. En su lugar afloraba ahora una creciente sensación de terror, que le atenazaba la base de la nuca, impidiéndole la movilidad. Un par de garras le atraparon finalmente, asiéndole por la espalda. Dozer se sacudió como pudo, pero los dedos se hincaban en su carne con una persistencia letal. Abrió la boca, pero no pudo gritar.

En medio de la contienda, divisó de pronto la boca del alcantarillado. Era un ojo ciego, miserable y oscuro, en mitad de la acera, pero se le antojaba como el claro de nubes en el cielo borrascoso de una tormenta; jamás había visto a un *caminante* capaz de coordinar sus movimientos de manera correcta para adentrarse por una, así que si podía llegar a ella, estaría salvado. Cerró los puños y golpeó al ser monstruoso que le tenía agarrado. Le faltaba toda la carne de la mejilla derecha, y la piel colgaba allí en tirajas espeluznantes. Asqueado, empujó y tiró con toda la fuerza de que era capaz, mientras el aire se incendiaba con los gritos agudos de los muertos. Sabía que, si no se libraba en los próximos segundos, tendría a otros encima, y acabarían por tirarle al suelo, de donde ya sólo se levantaría con la mirada ausente y los ojos en blanco.

Por fin, animado por una ocurrencia desesperada, Dozer se abrazó al muerto viviente, atrayéndole hacia sí. Lo rodeó con sus fuertes brazos y lo levantó en volandas sin mucho esfuerzo. El *zombi* agitaba la cabeza con los ojos despavoridos, frenético, dando dentelladas al aire. Su pelo era una maraña grasienta y desaseada, y Dozer se revolvió, asqueado por el hedor insoportable de su podredumbre. Entonces, con el espectro aún en volandas, avanzó hacia la boca de alcantarilla y se lanzó por ella, erguido cuan alto

era y con los pies por delante. Desaparecieron en el acto, justo cuando una caterva de garras crispadas parecían estar a punto de atraparles.

Cayeron a plomo, recorriendo los tres metros que les separaban del fondo. Allí, convertidos en un barullo de piernas y brazos, se toparon con una suerte de barrizal fangoso, que era a la vez frío y húmedo. Rodaron por el suelo, pese a que la mayor parte del golpe lo amortiguó Dozer con sus piernas, hasta que dieron contra un charco de agua pútrida. Al remover su superficie, una vaharada de un olor pestilente golpeó su nariz como un mazazo.

Se incorporó como pudo, sumido en tinieblas. Su mente procesaba los diferentes elementos con una rapidez pasmosa: la textura de los cuerpos desconocidos que flotaban en el charco, la humedad detestable que impregnaba su ropa, los gritos histéricos de los muertos encima de ellos, y la mirada furibunda y terrible del ser espantoso que se estaba levantando, a cuatro patas, frente a él.

De pronto se estremeció... la luz, faltaba luz, ¿acaso no veía ya las cosas con la misma claridad que antes? Volvió la cabeza hacia arriba, y observó con profunda consternación cómo la abertura de la tapa había quedado cubierta por una decena de brazos extendidos. Cabezas, brazos, manos y bocas abiertas, supurando una suerte de limo negro, impedían que entrara la luz del sol.

¡Apenas veía a su enemigo!

Su oído lo registraba todo: un pequeño chapoteo justo delante, un ruido en algún lugar a su derecha... El espectro parecía tener los mismos problemas que él para orientarse y desenvolverse en la oscuridad. Alargó la mano para buscar la pared del túnel y cuando palpó sus frías paredes, recuperó la orientación. Decidió escabullirse. No iba a luchar con aquel animal en la oscuridad, no sin ver por dónde venían sus ataques, dónde estaban sus fauces. Los había visto atacar antes, y ellos sacudían dentelladas tan pronto tenían la oportunidad. Y si su sangre se mezclaba con la del muerto, entonces todo estaría perdido.

Caminó despacio, de espaldas, con una mano alzada hacia delante por si el *zombi* conseguía llegar hasta él. Si eso ocurría, necesitaba saberlo, y salir corriendo como alma que lleva el diablo. De hecho, aunque su cerebro le urgía a huir cuanto antes, intentaba no hacer ruido, sobre todo por el agua cenagosa que le llegaba hasta la pantorrilla.

Despacio. *Gluc, gluuuc.* Despacio...

Después de unos instantes, el sonido de la jauría de *zombis* se había atenuado notablemente. No sabía dónde podría encontrarse el espectro que

le había acompañado hasta el túnel, pero tampoco podía oírle. Quizá, se dijo, había tomado el ramal opuesto, o se había quedado en trance al carecer de estímulos visuales claros. Se dio la vuelta y comenzó a avanzar, respirando fatigosamente.

Tras un rato, empezó a sentirse mejor. Lo había conseguido; se estaba alejando. La sensación de estar por fin en camino hacia casa era maravillosa, e incluso anegado como estaba en una oscuridad impenetrable, sonreía, pero sin ser consciente de ello.

Sólo era consciente de una cosa. Jesús... cómo necesitaba un cigarro.

4. TRAUMA

Llovía de forma tan intensa que apenas podía ver más allá de unos pocos metros. El sonido del agua rompiendo contra el suelo de la calle era delicioso, y el aroma de la renovada atmósfera, embriagador. Levantó la cabeza, cerró los ojos, e inspiró profundamente; llevaban tanto tiempo rodeados de toda aquella podredumbre que ya no se daban cuenta, pero vivían impregnados del hedor tibio y rancio de la muerte, y las agradables emanaciones de olor a tierra mojada eran más que bienvenidas.

Un relámpago resplandeció brevemente en la pequeña habitación, iluminando las facciones de Zacarías. El destello dibujó los contornos de la estancia en un infinitesimal segundo, y luego la devolvió a la oscuridad en la que estaba sumida. No encendían las luces por la noche, y menos tan de madrugada.

Extrajo un vetusto encendedor del bolsillo y se puso un cigarro en el labio inferior. Había cierto desdén en todos sus movimientos. Sus ojos, entrecerrados, parecían vagar perezosamente por el escenario que discurría tras el pequeño ventanuco. Encendió el cigarro y dio una larga bocanada. Sabía a auténtica mierda, pero el efecto de la nicotina era lo mejor que podía encontrarse por aquellos días.

Un sonido a su espalda le hizo congelarse en el sitio.

–Pirámide –dijo una voz en voz baja.

–Diamante –contestó rápidamente, dándose la vuelta.

Ante él había un hombre vestido con un chubasquero que le iba varias tallas grande. Las gotas resbalaban por sus brazos extendidos hacia el suelo.

–¿Qué ocurre? –preguntó–. Son casi las seis de la mañana.

–Hay una oportunidad –dijo el hombre.

Zacarías permaneció en silencio unos instantes. El humo del cigarrillo ascendía lentamente hacia el techo.

–¿Has cerrado? –preguntó.

–¿La puerta? Sí...

Zacarías asintió.

–¿Quién te ha dicho que vengas a verme?

—Me envía... —dudó unos instantes antes de responder, cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro—. No estoy seguro de poder decírselo.

—No —exclamó Zacarías, cortante—. No puedes. No debes. Es la regla más importante.

El hombre del chubasquero se sintió incómodo, juzgado de repente por un hombre de complexión atlética que tenía un delgado cigarrillo colgando de una de las comisuras de su boca. Sólo Dios sabía lo que había tenido que pasar para llevarle aquella información, y no quería ni imaginarse las consecuencias que tendría que lo pillaran, pero no había tenido muchas alternativas. Como muchos otros en la instalación, tenía miedo. Tenía mucho miedo.

—Sólo... sólo he venido a transmitir un mensaje —balbuceó el hombre. Fuera, el sonido de un trueno desgarró el aire y se propagó, iracundo, durante algunos segundos.

—¿Cuál es el mensaje?

—Se han comunicado con alguien, con alguien de fuera. Arriba, en la base. Pero hay circunstancias especiales.

—Continúa.

—Se trata de un hombre que dice representar a una pequeña comunidad de supervivientes. Están en Málaga, pero van a mandar los dos helicópteros tan pronto amaine un poco.

Zacarías pestañeó. Si había oído algo inaudito últimamente, era eso. ¿Enviar los dos helicópteros a otra provincia para rescatarlos? La misma Granada estaba llena de gente que sobrevivía a duras penas, gente anónima que languidecía día tras día, perdiendo primero a sus compañeros y familiares, sus reservas de alimentos, agua y medicinas después, y finalmente la misma esperanza. Muchos de los supervivientes acababan suicidándose de una u otra manera, y se les solía encontrar pertrechados en sus escondites, rodeados de restos de excrementos secos. Pero su gente ya no salía en misiones de rescate. Su número se reducía considerablemente en cada nuevo intento, y de todas formas, sus propias reservas de alimentos empezaban a escasear día tras día. Así que... ¿por qué desperdiciar el valioso combustible en ir hasta Málaga a por una comunidad entera?

Abrió mucho los ojos. Allí había algo más.

—¿Qué tiene esa gente de especial? —preguntó al fin.

—Bueno... —dijo el hombre, incómodo—, sé que esto es extraño y difícil de creer, pero el hombre dijo que podía... él asegura que puede andar entre los muertos.

Zacarías dejó escapar un bufido.

—¿Andar entre los muertos? —preguntó, y su voz sonó como el graznido de un pato—. ¿Qué cojones significa eso?

—Es lo que me dijeron. Puede andar entre esas cosas sin que le vean. Tiene algo en su sangre... algún tipo de inmunidad. Los *zombis* no le ven... como si fuera uno de ellos.

Zacarías permaneció en silencio, intentando asimilar lo que acababa de escuchar. Si hubiese encontrado la providencial lámpara de los deseos, no se le habría podido ocurrir un deseo mejor para resistir a la Pandemia Zombi. Era mejor incluso que su viejo sueño de la infancia.

Cuando era pequeño, sus padres le llevaron a ver la película *Superman*. Recordaba haber esperado durante una hora en una cola que daba la vuelta al edificio, presa de la excitación. Estuvo tan absorbido por la proyección, que cuando acabó la película, tenía los ojos rojos y le picaban; su madre bromeó con eso durante meses, diciendo que se le olvidó hasta pestañear. A Zacarías no le gustaba que se rieran de él, pero en aquella ocasión no le importó, porque su mente estaba obsesionada con el personaje que surcaba los cielos con una tremolante capa roja. Ansiaba tanto sus poderes... hubiera dado cualquier cosa por ser el Hombre de Hierro, y ser el campeón del planeta Tierra. Pero él, a diferencia de otros niños de su colegio, no admiraba a Superman; sólo sus poderes. Superman era tan tonto... tenía todo ese poder embutido en su estúpido traje de colores, y se obsesionaba por mantenerlo oculto delante del mundo. Se ponía gafas estúpidas y hacía cosas estúpidas por esa vieja arrugada de Lois Lane. Viendo la película con los pies colgando del asiento y echado hacia delante, le dieron ganas de gritar «¿Por qué, Superman, por qué?» Podría tener a cualquier mujer del mundo... podía tenerlo *todo*... cualquier cosa, ¿quién podía impedirse lo?

Pasear entre los muertos era, en las circunstancias en que vivían, lo más parecido a ser Superman que se le podía ocurrir.

Empezaba a sentirse abrumado con las posibilidades que iban saltando a su mente en cuestión de segundos. Cuando los muertos te ignoran, puedes pasearte por todas partes, acceder a todos los lugares... puedes incluso rodearte de ellos para que te defiendan... Sintió un súbito estremecimiento, embelesado con la idea. ¿Existía acaso un ejército mejor? No necesitaban comer, ni dormir, ni permisos. Eran incansables, eran legión, y leales más allá de la muerte...

Rió entre dientes, con los ojos chispeantes de la emoción. Pestañeó un par de veces, intentando serenarse. En el pasado se había dejado llevar por promesas de éxito y al final se había ido todo al traste.

—¿Cómo saben que eso es verdad? —preguntó.

—No lo sé... —dijo el hombre con chubasquero—. Mire, sólo le transmito el mensaje... debo volver, está a punto de amanecer.

—Un momento. ¿Quién irá a recogerles?

—El teniente Romero con algunos hombres.

La sala estaba en penumbra, y el hombre con chubasquero no consiguió vislumbrar la sonrisa fría y espeluznante que se formó en el rostro de Zacarías. Romero era un hombre que prefería planificar y dirigir a sus tropas desde la seguridad de su oficina. Enviaba mensajeros, observaba las cosas desde su atalaya y tomaba decisiones desde su despacho. Nunca le había visto involucrarse en las escaramuzas que, sobre todo al principio, se habían lanzado hacia la ciudad, ni mezclarse con los civiles en las zonas donde éstos se hacinaban. Si Romero había decidido embarcarse en semejante periplo, entonces el viejo oficial tenía motivos más que fundados para pensar que semejante historia podía ser cierta.

—De acuerdo, vete —dijo Zacarías—; pero recuerda...

—No tiene que decirme nada —dijo el hombre—. No hablaré. He venido, ¿no? —Y sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se marchó, desapareciendo por el pequeño corredor casi instantáneamente.

Fuera, la lluvia caía torrencialmente, produciendo un alegre repique-teo contra los cristales. Zacarías se volvió para disfrutar del sinuoso rastro de las gotas. Éstas formaban ríos y canales entrecruzados, que no bien se habían formado, perdían su propio rastro al mezclarse, en confusa profusión, con las nuevas gotas que iban cayendo. En ese entramado dinámico y cambiante, con ojos entrecerrados por el humo que ascendía pesadamente de la punta de su cigarrillo, veía Zacarías los designios extraños de su glorioso destino. Así permaneció durante mucho tiempo, entregado a ensoñaciones triunfales donde él paseaba por ciudades infectadas de muertos vivos, ciudades sin nombre, de anchas avenidas, donde él se había erigido Rey de Reyes, quintaesencia y cénit de la evolución humana, el Campeón de la Muerte. Y así, arrullado por las fantasías dulces que su mente tejía para él, permaneció Zacarías hasta que la luz del alba difuminó la oscuridad del cielo.

Amanecía, símbolo de renacimiento, de renovación, de cambios. Era hora de que las pequeñas arañas tejiesen los últimos hilos. Era hora de que Trauma hiciera lo que debía hacerse.

5. LA BIENVENIDA

Juan Aranda se daba cuenta de que, probablemente, era un hombre único en el mundo. Reflexionaba sobre eso mientras el helicóptero sobrevolaba el embalse de los Bermejales a unos doscientos cincuenta kilómetros por hora. El paisaje que circulaba por debajo tenía una belleza serena, como si las cosas no hubieran cambiado. Era algo que Aranda apreciaba. Casi todo parecía estar en su sitio: las carreteras zigzagueaban por entre las pequeñas ondulaciones del terreno y las poblaciones, formadas por grupos reducidos de casas, tenían todavía la belleza rural de los campos tranquilos y dormidos. El sol de la mañana arrancaba vivos destellos del embalse, que desde esa altura parecía un espejo pulido. Estaba lleno hasta los topes, porque nadie usaba ya su agua para el consumo.

Su mente, mecida por el ruido del motor y las hélices, se dejaba seducir por las ensoñaciones que le inspiraba el paisaje. Apenas había dormido la noche anterior, y sentía cada vez más sueño. Apoyó la cabeza contra el asiento y cerró los ojos, hasta que un esbozo de sonrisa curvó las comisuras de su boca. Sonreía porque le acompañaba también cierta sensación de euforia. De algún modo, estaba ahora al final de un ciclo, de un episodio de su vida. Se había enfrentado a la Pandemia Zombi resistiendo en la Ciudad Deportiva de Carranque, junto a una treintena de personas, y se habían visto obligados a recurrir a mil y una argucias para sobrevivir. Ahora, después de un sinfín de penurias, sobrevolaba la tierra infectada para dirigirse, por fin, a lo que quedaba de civilización. Vería a otros supervivientes, y tendría a otras cabezas pensantes organizando las cosas.

Pensando en eso, la sonrisa se acentuó en su rostro.

Pero Aranda no se sentía único por el simple hecho de haber conseguido sobrevivir, ni porque todos le habían considerado el líder de Carranque. Aranda no se sentía líder de nada, ni siquiera cuando dirigía el destino de aquella pequeña comunidad. Era diferente porque por sus venas corría algo único, un extraño legado de un hombre que luchó con todas sus fuerzas por destruirles, pero que, sin proponérselo, puso en sus manos lo que podría ser la solución al problema: el fin del tormento y la pesadilla de los muertos vivos. Su sangre contenía la clave química del agente

patógeno que había hecho que los muertos volvieran a la vida, una especie de vacuna debilitada que había provocado un alucinante efecto secundario: podía andar entre los muertos sin que éstos reparasen en él, como si fuera uno de ellos.

Era consciente de que, si conseguían reproducir el efecto en el resto de los supervivientes, la amenaza de los *zombis* desaparecería. Podrían reconquistar las ciudades de nuevo. Restablecer las viejas estructuras, poner en marcha las antiguas centrales eléctricas, los conductos para conseguir herramientas y alimentos, y también medicamentos. No sabría decir cómo de dañado estaría el sistema, pero sería cuestión de tiempo. Un nuevo resurgir, con grandes oportunidades para todos. La reconstrucción del mundo. Trabajo para todos.

—¿Cansado? —preguntó una voz.

Aranda abrió los ojos, haciendo un esfuerzo por sacudirse de encima la modorra que se estaba apoderando de él. Era el teniente Romero, que se había vuelto hacia atrás desde su asiento de copiloto y le miraba con una expresión enigmática en el rostro.

—Un poco... —contestó Aranda—, las últimas veinticuatro horas han sido difíciles.

—Ya... ¿qué ocurrió, exactamente?, ¿cómo perdieron su campamento? Diría que lo tenían todo bastante bien organizado.

—Circunstancias especiales... —contestó Aranda, recordando de pronto muchos de los eventos que habían ocurrido la noche anterior—. Creo que atrajimos la atención de un grupo de indeseables que consiguieron destruirlo todo...

—¿En serio? —preguntó Romero, levantando una ceja—. Conozco bien lo que dice. Ese tipo de grupos son un auténtico problema. He perdido más hombres por culpa de esas... circunstancias especiales... que por los muertos vivientes.

—Ya... —contestó Aranda, pensativo.

—Suponía que debía ser algo así... —opinó el teniente.

—¿Por qué lo dice?

—Por lo que nos contó. Ya sabe. Ese extraordinario «poder» que le permite caminar entre los muertos como si fuera uno de ellos... con esa habilidad, me sorprendería que los *zombis* hubieran podido causar el destrozo que vi cuando los recogí.

—Yo... estaba fuera cuando todo ocurrió.

El teniente asintió.

—Debe de ser fascinante poder caminar entre ellos sin ser descubierto.

Aranda inclinó la cabeza suavemente, enredado en la maraña de escenas que las palabras del teniente habían invocado en su cabeza.

—Es... extraño —contestó al fin, bajando la voz—. Cuando ves a toda esa gente caminar por todas partes con los ojos ausentes... en ocasiones atisbas la parte humana que queda detrás de todo ese horror al que estamos acostumbrados. Vagan todo el día... incansables, sin objetivo ni motivo para hacerlo. De vez en cuando se aletargan en alguna esquina oscura, y caen en una especie de sopor indefinido. Bajan la cabeza y encogen los hombros, como si tuvieran frío, y ya no hacen otra cosa.

El teniente asintió de nuevo, arrugando el ceño.

—Sí. Sé a lo que se refiere. Ha sido un azote terrible. Si me hubieran preguntado hace unos años cómo imaginaba el fin de la humanidad, jamás habría concebido algo así. Pero ocurrió. Lo que vaticinamos en cientos de películas de terror ocurrió realmente. ¿Quién hubiera podido preverlo?

—Supongo que nadie —contestó Aranda, sin darse tiempo a pensar en la respuesta.

—Y dice que usted se inoculó esa... vacuna, o lo que sea, y heredó los efectos de inmunidad...

—Sí. Eso es lo que hicimos.

—¿Cómo lo consiguieron? —quiso saber el teniente, ahora visiblemente fascinado.

Otra vez se sintió Aranda transportado por una nueva secuencia de imágenes. Recordaba sus conversaciones con el doctor Rodríguez, y los días en los que estuvo encerrado en sus humildes oficinas, carentes por completo del material necesario. Pero Rodríguez suplió con tesón, paciencia y talento esas deficiencias y obtuvo la versión empobrecida del virus en poco tiempo. Y funcionó, vaya si funcionó. Aún recordaba con meridiana claridad cómo se sintió cuando se recobró de las fiebres que la inoculación le causó. Era por la mañana temprano, y se despertó con un sudor frío pegado a la piel, pero encontrándose bien después de lo que parecía haber sido una eternidad, acosado por sueños oscuros y enfermizas pesadillas. Se desnudó, como si quisiera desembarazarse de las miserias y miasmas de la enfermedad, adherida a la ropa, y sintió la imperiosa necesidad de salir fuera, donde el viento era fresco y puro. Allí cerró los ojos y llenó sus pulmones de aire renovado, y se sintió renacido... aunque todavía débil, renacido de algún modo. Por fin, reparó en las rejas que cerraban el perímetro del campamento. Se acercó a ellas dando pasos pequeños, notando la textura granulosa del pavimento en la planta de los pies, hasta que estuvo a escasos centímetros de los *zombis*. Pero ellos miraban a través de él como si fuera un fantasma intangi-

ble; seguían agarrados a los barrotes como si atravesar la reja fuese lo que más deseaban en el mundo, pero no reparaban en él. Lo que fuera que les atraía de los humanos vivos, fuese el olor o algún otro elemento distintivo, ya no estaba allí. ¡Cuánta euforia experimentó en aquel momento! El viejo sueño que le llevó a trasladarse a Málaga desde la pequeña población del Rincón de la Victoria se había logrado. No sólo tenía ante sí la solución al problema: la llevaba consigo, embutida en su cuerpo. Él era la solución.

—No estoy muy seguro de los detalles, sinceramente —dijo al fin—. El doctor Rodríguez trabajó en eso durante muchos días, y aunque le visitaba a menudo, no seguí todo el proceso de cerca. Quizá debí haberlo hecho...

—Y el doctor Rodríguez...

—Murió, sí —contestó Aranda.

—Es una lástima. Hay algunos científicos en la base, pero no se han acercado siquiera a nada remotamente parecido a lo que tenemos ahora.

—Estoy seguro de que sabremos desentrañar sus misterios —contestó Aranda, confiado.

—Si probamos lo que dice... avisaremos al resto de los grupos organizados que resisten en diferentes puntos de España.

Aranda sonrió, satisfecho por la idea.

—Es excitante, ¿no cree?

—Sí que lo es —dijo Aranda. Y echó la cabeza hacia atrás, con una sonrisa impresa en sus labios. El sopor se estaba apoderando de él, y aunque la mañana era fría, los rayos de sol que entraban por los laterales del helicóptero le daban en el rostro y le proporcionaron un pasaporte perfecto para adentrarse en los dominios de Morfeo.

El teniente comprendió, y durante el resto del viaje lo dejó dormir.

Al aproximarse por fin a la majestuosa Alhambra, el helicóptero describió un cerrado giro a la izquierda y Aranda se despertó sobresaltado, sintiendo que se precipitaba al vacío. Tuvo que desplazar la mano rápidamente para contrarrestar el efecto caída.

Había dormido profundamente, y por unos instantes se sintió confuso y desubicado; pero cuando miró alrededor, a través de los laterales diáfanos vislumbró la fortaleza árabe en todo su esplendor: un fascinante complejo palaciego que era a la vez fortaleza y que, en tiempos, alojaba al monarca y a la corte del reino nazarí de Granada. Aranda recordaba haber visitado la Alhambra cuando era pequeño, una vez con sus padres al menos, y otra con el colegio, y desde entonces no había vuelto; suponía que,

siendo malagueño, aquel prodigio del arte andalusí quedaba demasiado cerca como para prestarle atención, y ahora, admirando desde el aire su perfecta integración con el paisaje, se lamentaba de no haber paseado por entre sus muros cuando uno todavía podía tomar un té en el Albaicín, o disfrutar del sol en largos paseos, sonriendo despreocupadamente.

Mientras el aparato descendía, Aranda vislumbró al segundo helicóptero. Parecía estar virando hacia el extremo este de la fortaleza, más allá del Palacio de Carlos V, y por lo tanto alejándose de su posición. Por un segundo se vio sorprendido por un incipiente sentimiento de preocupación. No acababa de entender por qué él viajaba prácticamente solo mientras todos sus compañeros iban hacinados en el otro vehículo. La sensación de inquietud pasó pronto, sin embargo, porque el aparato empezaba a estabilizarse y a descender con vertiginosa rapidez; tanta, que Aranda experimentó un ligero hormigueo en la base del estómago, como si de una atracción de feria se tratase.

Apenas unos segundos más tarde, el helicóptero posaba los largos y pesados patines de aterrizaje en el suelo, y el ruido del motor reducía su intensidad gradualmente. Descendieron, sacudidos por el aire que desalojaban las aspas, y avanzaron casi a la carrera hasta que se hubieron alejado un poco. Romero le gritó algo, pero Aranda fue incapaz de entender lo que decía y trató de encogerse de hombros.

—Le decía —dijo Romero cuando el ruido del motor se redujo a un nivel soportable— que vamos a ir directamente a nuestro bloque científico, ¿hay algo que usted precise antes?

Aranda negó con la cabeza. La verdad era que hacía mucho tiempo que no se echaba nada a la boca, y tampoco es que hubiera dormido demasiado; pero el sol estaba ya alto en el cielo y, ahora que estaba por fin en la Tierra Prometida, la excitación probablemente le impediría conciliar el sueño. Ya dormiría más tarde.

—Sólo quisiera saber dónde están mis compañeros —añadió al fin.

—No se preocupe —dijo Romero—. Han sido llevados al área civil, en el extremo este de la base. Estarán perfectamente.

Aranda esbozó una sonrisa, mientras el embrión de la inquietud desaparecía en su interior. Hasta se sentía un poco estúpido por haber dudado: era perfectamente normal que el resto de sus amigos fueran a un destino diferente mientras a él lo llevaban con carácter urgente donde estaban los expertos. Con seguridad aquellos hombres estarían anhelantes por extraer un poco de su sangre y analizar sus secretos.

—¡De acuerdo! —concedió al fin.

Romero le indicó el camino con un gesto del brazo, y Aranda se puso en

marcha. No se había dado cuenta, pero dos soldados armados con sus rifles se habían colocado a su espalda, cerrando la comitiva.

El segundo helicóptero aterrizó en el extremo este de la fortaleza, cerca del antiguo pabellón de entrada. Antes de que el aparato tocara el suelo, José atisbó en esa dirección y se sorprendió de la gran cantidad de arena que habían apilado allí, bloqueando por completo el acceso. Alrededor había dispuestas un par de excavadoras en un estado lamentable. Con los cucharones metálicos levantados, se asemejaban más a vetustos animales prehistóricos en actitud amenazante.

José conocía bien la Alhambra, porque en tiempos las calles granadinas fueron escenario de mil correrías juveniles. En las plazas del Albaicín, el fumadero de porros por excelencia de toda la movida granadina, se codeaba con homosexuales exaltados por los versos de Lorca, con jóvenes artistas venidos a menos que acudían de toda Europa para vivir el ambiente hippy y con estudiantes de toda clase. Y por supuesto, conocía bien el camino que circulaba por el linde más meridional de la fortaleza árabe, el Camino Viejo del Cementerio, que conducía, en escrupulosa línea recta, hacia el camposanto de San José. No era una necrópolis cualquiera, sino una de las más antiguas de toda la Península; una basta extensión llena de nichos y románticos monumentos funerarios que en tiempos atrajo la atención de turistas nacionales y extranjeros.

Pero ahora, aunque en el fondo dudaba que tal cosa fuese posible, José se sorprendió imaginando una caterva de espectros arrastrándose por aquellos caminos, abandonando la prisión que había sido el cementerio e intentando acceder al recinto. Quizá por ese motivo tuvieron que tapar de manera tan contundente el acceso más oriental, porque los muertos de San José llamaban a la puerta.

Se estremeció, haciendo un esfuerzo por apartar tales pensamientos de su mente.

Pese a todo, no era mal sitio para resistir, y desde su asiento, Moses llegaba a las mismas conclusiones. Los muros eran altos y fuertes, y las ventanas, estrechas; diseñadas para proporcionar suficiente ángulo de visión mientras garantiza la defensa. Si bien era cierto que el terreno de alrededor estaba lleno de árboles que dificultaban la vigilancia, con unos enemigos incapaces de coordinarse o usar herramientas, al fin y al cabo no creía que eso representase un problema.

Había otras cosas que alcanzaron a ver: personas, una gran cantidad de

personas que se agrupaban en pequeños corros y deambulaban por todas partes; algunas de las cuales se acercaban presurosamente a la zona donde el helicóptero se prestaba a aterrizar, haciendo visera con las manos para protegerse del polvo que se levantaba.

Tras unos instantes, el helicóptero se posaba en la explanada. A José no se le escapó el detalle de que los soldados saltaron del helicóptero cuando éste aún estaba a algunos centímetros del suelo, y formaron una especie de círculo de protección, con las armas dispuestas. Suponía que, incluso en casa, el protocolo era el protocolo.

Pero algo más no iba bien.

—Moses... —susurró Isabel, inquieta.

Moses le apretó la mano.

Eran aquellas personas. No tenían el aspecto cuidado y saludable al que estaban acostumbrados en Carranque. Estaban sucios, y sus ropas eran viejas y raídas. Muchos de ellos eran delgados como espantajos, y sus mejillas se curvaban hacia dentro, dibujando la línea del cráneo. Los hombres lucían barbas desaseadas y las mujeres cabellos desaliñados cuando no los ocultaban con algún pañuelo. Al menos uno de ellos iba descalzo, lo que era bastante peculiar, dado que corría el mes de enero y en Granada eso significaba alrededor de nueve grados de máxima al mediodía. Sus miradas eran neutras, casi tristes, y era difícil leer en sus expresiones. De una cosa estaba Isabel segura: no era el tipo de bienvenida que se les habría dado a unos recién llegados en Carranque.

Y entonces ocurrió lo que Susana había esperado.

—Sus armas, por favor —exclamó uno de los soldados, acercándose a José—. No se permiten armas en la zona civil. Es por su seguridad.

José y Susana intercambiaron una mirada. Sus expresiones eran tan similares que parecía que estaban comunicándose telepáticamente.

Fue Susana la que se acercó primero y entregó su rifle, ofreciéndoselo al soldado. José aún lo sostuvo entre las manos un rato más. No hacía ni unas horas que lo había usado, no sólo para salvar su vida, sino la de sus compañeros, y no recordaba una sola ocasión en la que se hubiera separado de las armas, aunque fuera una pistola ligera enfundada en el cinto. La idea no le gustaba, pero finalmente asintió con la cabeza y rindió no sólo el rifle, sino también un puñal que llevaba en la bota y una vieja Star 28 que mantenía en una cartuchera adherida al muslo.

También Sombra se deshizo de su ametralladora, aunque no sintió hacerlo. Nunca había sido demasiado bueno con las armas, y hasta le agradaba la idea de que otros las llevaran por él.

—¿Ninguna arma más, de ninguna clase? —preguntó el soldado, paseando los ojos de uno a otro.

Uno por uno, todos los adultos negaron con la cabeza.

—De acuerdo.

Tras depositar las armas en el helicóptero, el soldado salió del perímetro y miró alrededor, con expresión de fastidio.

—¡Jefe de zona! —gritó.

Pero nadie dijo nada, ni se movió lo más mínimo. Moses miró a sus compañeros, pero todos parecían perplejos, casi sobrecoídos, con las miradas fijas en aquellos hombres y mujeres.

—¡Jefe de zona! —repitió el soldado, ahora con un tono de voz más alto.

Por fin, uno de los hombres salió de entre las filas. Era alto y delgado, y el vello crecía abundante por toda su cara, formando una barba hirsuta y rizada. También su cabello estaba lleno de bucles oscuros. Sus ojos, grises y profundos, conferían a su expresión un aire de viva inteligencia. Parecía jadeante, como si hubiera acudido corriendo desde lejos, pero ahora se había clavado en el sitio, con la vista fija en el grupo de recién llegados y embargado por una expresión de manifiesta perplejidad. Susana se revolvió en su sitio, incómoda.

El momento se hizo eterno, enfatizado por un silencio aciago que había recaído sobre la escena. Después de unos instantes, sin embargo, el hombre avanzó hacia el soldado con paso resuelto.

—¿Qué.. qué es esto? —preguntó al fin. Su voz era grave, pero armónica y cálida.

—Nuevos civiles —contestó el soldado—. Tendrá que hacerles hueco.

—¿Un hueco, dice? —exclamó el hombre, negando con la cabeza—. ¿Está de broma? Creíamos que... creíamos que nos traían todo lo que pedimos... ¡ahora el problema es aún peor! ¡Mire a toda esa gente!

—Aún no ha habido oportunidad, ya se lo dijimos. Tienen que aguantar un poco más.

El hombre miraba al soldado como si no diera crédito a sus palabras, con una expresión que escoraba entre la sorpresa y el desánimo. Pero no añadió nada más... miró al grupo y pareció dedicarles unos momentos. Se detuvo unos instantes a observar a los niños. Alba se había enganchado a la mano de su hermano y la sostenía con fuerza, mientras contemplaba todo con ojos atentos.

—Hay niños, por el amor de Dios —musitó el jefe de zona.

—Ya se lo he dicho —replicó el soldado, cambiando su peso de una a otra pierna—: ¡por ahora no podemos hacer nada más! Proporciónenles un sitio donde puedan vivir. La nieve llegará pronto. —Y se dio media vuelta.

Los soldados volvieron a subirse al aparato y el grupo se alejó para que éste pudiera despegar. Alba se alegró de verlo partir, evolucionando por los aires como una prodigiosa y fantástica nave espacial. Por un lado, le parecía fascinante que semejante montón de metal pudiera levantarse del suelo si- quiera, pero por otra se alegraba de que los hombres de uniforme se mar- charan. No le gustaban en absoluto: sus cabezas eran un batiburrillo denso y complejo de ideas contradictorias que ella percibía, de alguna manera, como oscuros nubarrones. Y se alegraba también, por cierto, de tener otra vez los pies en el suelo.

El jefe de zona parecía ahora algo abatido. Se había cruzado de brazos y se contentaba con mirar reflexivamente sus pies. Incómodo, José intentó acercarse a él.

—¿Hola? —pronunció dubitativamente.

El hombre levantó la cabeza para mirarlo y, por fin, extendió la mano.

—Perdonen... tienen que disculparme... Yo... me llamo Abraham, y soy el jefe de zona aquí.

—José... encantado.

Uno a uno, se intercambiaron apretones y se presentaron brevemente, pero a Susana no se le escapó que el resto de los presentes permanecía for- mando un círculo, sin moverse, atentos a lo que pasaba, con los semblantes inmutables. Se sacudió por un ligero escalofrío: casi le recordaban a los *zombis*.

—Está bien... —dijo Abraham—, sean bienvenidos. ¿De dónde demonios vienen ustedes?

—¿No lo sabe? —preguntó Moses—. Venimos de Málaga. Uno de nuestros compañeros les localizó por radio.

—No, no tenemos ni idea. Esta mañana vimos a los helicópteros partir, y nos sorprendió. Hacía mucho que no los veíamos en el aire. Nos preguntá- bamos si por fin iban a hacer algo respecto a nuestra situación, pero no ha sido así. Tienen que entender la... decepción que hemos sentido.

Abraham extendió el brazo para señalar a toda la gente que curioseaba, y entonces, como si hubiera dado una orden inaudible, empezaron a mover- se al unísono. La mayoría se retiró, dándoles la espalda, caminando cabizba- jos hacia destinos diferentes. Otros empezaron a hablar entre ellos, bien en voz baja y con cierto disimulo, o bien haciendo aspavientos con las manos y mostrando cierto disgusto; y unos pocos permanecieron en su sitio, indolen- tes, como si no tuvieran ninguna otra cosa que hacer en todo el día.

Y sospecho que no la tienen, pensaba Susana.

Sin embargo, una pareja de ancianos avanzó lentamente hacia ellos. Ella era menuda y andaba encorvada, y él no era mucho más alto, pero se acerca-

ron con los ojos iluminados por sonrisas sinceras y les dieron la bienvenida. Ella se llamaba Alma, y después de besar a hombres y mujeres por igual, se quedó haciendo carantoñas a Alba, quien inmediatamente se sintió a gusto con sus pequeñas historias sobre el fabuloso castillo que estaban a punto de explorar. Viendo a la pequeña disfrutar, Isabel llegó a olvidar por unos instantes la extraña bienvenida que estaban teniendo, y sonrió, conmovida ante una escena que le traía tantos recuerdos de tiempos mejores.

–Pero entonces... –dijo Moses, intentando recuperar el hilo de la conversación–, los militares no les han contado nada...

–Nunca nos cuentan nada –explicó Abraham–. Verá... no sé de dónde han salido, pero a la mayoría de ustedes se les ve como si vinieran de un crucero por las Islas Griegas. Creo que no han hecho un buen negocio viniendo aquí.

–¿A qué se refiere? –preguntó Susana.

Abraham dejó escapar un profundo suspiro. Moses, cogiendo otra vez de la mano a Isabel, frunció el entrecejo. Caía ahora en la cuenta de que el helicóptero de Aranda no había aterrizado con ellos, y se preguntaba varias cosas: si Aranda estaría bien en manos de aquellos hombres, y si la Tierra Prometida no acabaría resultando ser un destino peor que el que creían haber soportado en Málaga.

–Será mejor que vengan conmigo –dijo al fin Abraham–. Hay algunas cosas que deben ver, y otras que deben saber.